

Charles S Pierce (1839-1914): un pensador para el siglo XXI

Por Jaime Nubiola

He dedicado mis últimos 22 años a estudiar la figura y el pensamiento del científico, lógico y filósofo norteamericano Charles Sanders Peirce (1839-1914), fundador del pragmatismo y padre de la semiótica contemporánea. Como escribió el novelista Walker Percy, *“la mayoría de la gente nunca ha oído hablar de él, pero lo oirán”*. De hecho, el 20 de abril se cumple el centenario de su fallecimiento en Milford, Pennsylvania, y con ocasión de este aniversario abundan las referencias a sus aportaciones. La celebración culminará en el mes de julio en el *Charles S. Peirce International Centennial Congress* que tendrá lugar en Lowell, Massachusetts, con una amplia participación de estudiosos, también españoles y de otros países de habla hispana.

Insuficiencia del cientismo. *“Peirce atrae sobre todo a los católicos”*, me decía Christopher Hookway, ilustre profesor de Sheffield y autor de una de las monografías más influyentes sobre Peirce. Ya hace años el jesuita Edward T. Oakes lo había caracterizado como *“el Aristóteles americano”*, y no son pocos los que, después de una amplia formación escolástica, han quedado deslumbrados al descubrir la hondura y originalidad de este científico y filósofo del siglo XIX en cuyo pensamiento pueden encontrarse algunas ideas clave para la cultura del siglo XXI.

Mi camino fue en cierto sentido el inverso. Después de dos décadas de dedicación a la filosofía analítica, dominante en el mundo angloamericano, comencé a centrar mi atención en este filósofo –tan poco conocido en España– gracias al consejo del profesor Leonardo Polo y a la ayuda de Hilary Putnam, profesor en Harvard. Recuerdo bien cuánto me impactó la lectura de la *Jefferson Lecture* de Walker Percy en 1992, pues en ella mostraba con meridiana

claridad tanto el diagnóstico de la más grave enfermedad de nuestra cultura como su terapia. Percy denunciaba la insuficiencia del relato cientista que, permeado de un darwinismo simplón, ha dominado el ámbito académico angloamericano durante la segunda mitad del siglo XX con la pretensión de explicar las conductas más características de los seres humanos como el lenguaje y la comunicación. La terapia debía buscarse en Charles S. Peirce y en su descubrimiento del carácter irreductiblemente triádico –es decir, no reducible a estímulo-respuesta– que caracteriza al comportamiento lingüístico: el remedio para superar la pobreza del naturalismo contemporáneo se encontraría en el trabajo de aquel científico norteamericano que cien años atrás había sentado las bases para una comprensión integrada del ser humano.

Dimensión religiosa. Desde mis primeras lecturas de Peirce, me resultó sorprendente la atención relativamente escasa que los estudiosos habían prestado a la dimensión religiosa de su pensamiento. Esa desatención contrastaba mucho con la ubicuidad de las referencias religiosas en sus escritos, especialmente en los de madurez. En mis encuentros con expertos solía preguntarles acerca de Dios y la religión en Peirce, y la respuesta que recibía casi siempre era la de que efectivamente había una gran cantidad de cuestiones religiosas en su obra, pero que no estaban interesados en ellas. Por eso, me encantó que el novelista Walker Percy se considerara a sí mismo como *“un ladrón de Peirce”*, aspirando a *“usar a Charles S. Peirce como uno de los pilares de la apologética cristiana”*. Me pareció que aquel novelista converso al catolicismo estaba en algún sentido mucho más cercano al Peirce real que los expertos a los que había preguntado.

Charles S. Peirce se había criado en una sociedad protestante puritana como era la de Harvard a mediados del siglo XIX. Su padre, profundamente religioso, profesaba el unitarismo, aunque, al parecer, algunas de sus opiniones, formadas bajo la influencia del científico Louis Agassiz y del místico sueco Emmanuel Swedenborg, eran vistas como poco ortodoxas dentro de la Iglesia Unitaria. La actitud religiosa de su padre tuvo gran influencia en Charles Peirce y explica en buena medida el carácter religioso presente en su pensamiento. Por influencia de su primera esposa, Melusina Fay, Peirce fue bautizado en 1862 en la Iglesia Episcopaliana, que es la versión norteamericana del anglicanismo.

Su biógrafo Joseph Brent otorga mucha importancia a una experiencia religiosa que Peirce tuvo el 24 de abril de 1892 en la iglesia episcopaliana de Santo Tomás en la Quinta Avenida de Nueva York. Aquel mismo día escribe una carta al rector explicándole que *“durante muchos años no he recibido la comunión y apenas he entrado en una iglesia, aunque he tenido siempre un apasionado amor por la Iglesia y una fe absoluta en que la esencia del cristianismo, cualquiera que sea, es divina; pero no podía reconciliar todavía mis nociones de sentido común y de evidencia con las proposiciones del credo”*. Seguidamente le relata cómo aquella misma mañana había recibido la comunión tras una peculiar experiencia mística. Recientemente se ha podido documentar, además, su práctica religiosa regular en sus últimos años en Milford.

Ciencia y religión. A decir verdad, los textos de Peirce muestran a veces un notable desapego hacia la teología y la metafísica enseñadas en los seminarios de Nueva Inglaterra y cierta hostilidad hacia las religiones organizadas, inclui-



C. S. Peirce en Berlín hacia 1875

da la Iglesia católica. “Si pudiera me uniría de todo corazón a la antigua iglesia de Roma” –escribe a su viejo colega George Searle, ordenado sacerdote católico–, pero, entre otras cosas, el dogma de la infalibilidad papal declarado por el Concilio Vaticano I y Pío IX en 1870, le previene en contra. Merece la pena destacar que para Peirce la actividad científica es una tarea genuinamente religiosa, quizás incluso la actividad religiosa por excelencia, y separar la religión de la ciencia es para él algo

de Dios no podía surgir de un razonamiento estricto, sino que, al igual que en la ciencia, se precisa de una cierta experiencia: “En cuanto a Dios abre tus ojos –y tu corazón, que es también un órgano perceptivo– y lo ves”. Para demostrar la realidad de Dios, según Peirce, será precisa una peculiar combinación del proceso de argumentación racional y de la vitalidad de la experiencia. “La cuestión que surge” –escribía en 1892– “es cómo es posible que la existencia de ese ser haya sido dudada alguna vez

por alguien. La única respuesta que puede darse es que los hechos que están delante de nuestro rostro y de nuestros ojos, están lejos de ser en todos los casos los que más fácilmente se disciernen”.

Al celebrarse el centenario de Charles S. Peirce serán quizá pocos quienes presten atención a la dimensión religiosa de su pensamiento, pues el naturalismo –que es el nombre académico del materialismo en boga– tiende a reprimir toda expresión religiosa. Para muchos, sin embargo, Charles S. Peirce es un pensador de frontera también porque se atrevió a pensar la articulación de ciencia y religión en su tiempo y en su vida. Esta es también una tarea para nosotros en el siglo XXI. ■

PERFIL BIOGRÁFICO DE CHARLES S. PIERCE

Charles Sanders Peirce (1839-1914), científico, lógico y filósofo, constituye una de las figuras más relevantes del pensamiento norteamericano. Es considerado como fundador del pragmatismo filosófico y padre de la semiótica contemporánea. Aunque su figura ha permanecido olvidada durante décadas, en la actualidad se está desarrollando un gran interés por su trabajo en filosofía, astronomía, matemáticas, lógica, semiótica, teoría e historia de la ciencia, lingüística, econometría y psicología.

PARA SEGUIR LEYENDO

– Traducciones de C. S. Peirce en español:

<http://www.unav.es/gep/Peirce-esp.html>

– Sara Barrena y Jaime Nubiola: *Charles S. Peirce (1839-1914): Un pensador para el siglo XXI*, Eunsu, Pamplona, 2013, 367 págs.

– Sara Barrena y Jaime Nubiola: “Charles Sanders Peirce”, en Fernández Labastida, F. – Mercado, J. A. (eds.), *Philosophica: Enciclopedia filosófica on line*, <http://www.philosophica.info/archivo/2007/voces/peirce/Peirce.html>

– Sara Barrena: *La razón creativa. Crecimiento y finalidad del ser humano según C. S. Peirce*, Rialp, Madrid, 2007, 320 págs.

– Walker Percy: “La criatura dividida”, *Anuario Filosófico* 29 (1996), pp. 1135-1157, <http://www.unav.es/gep//AF/Percy.html>